

www.loqueleo.santillana.com

© 2017, Marcelo Birmajer

Con colaboración de GASTÓN GORALI

© De esta edición:

2017. Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-5382-0

Hecho el depósito que marca la ley 11.723 Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*.

Primera edición: octubre de 2017

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición: LUCÍA AGUIRRE

Ilustraciones: MUNDOLOCO ANIMATION STUDIOS

http://www.mundolococgi.com/

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Birmajer, Marcelo

Escape a la India la novela / Marcelo Birmajer. - 1a ed. ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2017

120 p.; 20 x 14 cm.

ISBN 978-950-46-5382-0

1. Narrativa Infantil Argentina. I. Título. CDD A863.9282

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 5.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2017 EN ALTUNA IMPRESORES S.R.L., DOBLAS 1968, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

## Escape a la India

## Marcelo Birmajer

Con colaboración de Gastón Gorali





## La vaca atada

Nuestra historia transcurre en la década de 1940. Los ganaderos, los hombres más ricos de la Patagonia, cada vez que viajaban, por lejos que fueran, se llevaban una vaca de sus campos: su vaca favorita. Así, estuvieran donde estuviesen, podían tomar todos los días un vaso de leche fresca y sabrosa. El ganadero Manuel Mediarena emprendió un viaje de negocios, al otro lado del mar, con su vaca Marta. La llevaba con un lujoso collar, del cual pendía una gruesa soga, como una correa para vacas, cuyo extremo portaba con orgullo.

El barco en el que viajaban Manuel y la vaca Marta arribó al puerto de una región gigantesca: los ingleses dominaban esa tierra y a sus habitantes. Manuel Mediarena les vendía vacas a los frigoríficos británicos; a cambio, le daban oro, sedas, algodón y mucho dinero. Mediarena vivió y negoció en ese inmenso subcontinente durante un año, cuando llegó el momento de regresar a la Patagonia.

8

Marta se había hecho dos amigos muy queridos: Lawrence, un toro nacido y criado en el Cuartel General de los ingleses, la mascota de los soldados, y Bapu, un niño muy pobre, cuyo único amigo era el toro Lawrence. Los tres se entristecieron profundamente al saber que debían despedirse.

En el largo viaje en barco de regreso a la Patagonia, Marta enfermó. Lo único que podía hacer Mediarena por su fiel vaca era



darle agua dulce de la cantimplora hasta que anclaran en tierra.

Marta llegó muy grave a la Patagonia. El veterinario de la estancia explicó que Marta no solo estaba enferma, sino también embarazada y por dar a luz. Todas las vacas, sus amigas de siempre, rodeaban a Marta, mirándola con enorme pena. Entonces Marta, moribunda y con la voz entrecortada, les dijo: "De donde vengo, las vacas son libres, andan por donde quieren: no hay corrales ni las marcan con hierros candentes. Tampoco hay camiones que las lleven al Lugar De Donde Nunca Se Vuelve. Los hombres las cuidan, sin exigir nada a cambio. Queridas amigas, allí nadie nos puede hacer daño y no debemos servir a ningún Amo. Ese lugar... Ese lugar...". Pero sus fuerzas se habían acabado. Las demás vacas sabían que la pobre estaba muy grave. Debía tener una fiebre de

más de cuarenta grados. "Pobrecita, está delirando", comentaban por lo bajo. Entre esos murmullos de lástima, Marta dio a luz a su hija. Suspiró: "Azadi". Fue su último suspiro.

## Patagonia

Las vacas se burlaban del nombre "Azadi", si es que era un nombre. Las vacas se llamaban Pepa, Tota, Chola, Meneca. La hija de Marta creció como una ternera inteligente y curiosa. Vagaba por el campo y tomaba nota de cosas a las que las demás no prestaban atención. Por ejemplo, sabía dónde estaban el Sur, el Norte, el Este y el Oeste guiándose por las estrellas. Se lo había enseñado su único amigo: Zorzal, un pájaro tanguero, de pañuelo al cuello, que recorría el mundo y les contaba historias, a cambio de que lo dejaran andar por sus lomos y comer insectos y briznas de trigo. Pero a las vacas solo les

interesaba chusmear. Cuando rumiaban y masticaban el pasto, lo paseaban entre sus labios y lo volvían a mascar, lo que en realidad estaban haciendo era chusmear entre ellas. Más que rumiar, rumoreaban. Había dos cosas igual de desagradables: ese pasto todo salivado y un chisme sobre otra vaca. Decían que "esa de ahí" era muy rara. Que su mamá, Marta, además de morir loca, no se había casado con ninguno de los respetables toros de la estancia. ¿De quién era hija Azadi? ¡Con ese nombre y sin padre, qué vergüenza!, chusmeaban. Todas las vacas conocían al padre de sus hijas, y las hijas también. Menos Azadi. Quizás por eso era tan curiosa. Ella sabía que lo que las demás vacas llamaban "la luz mala" no eran más que los huesos de las propias vacas muertas, cuando brillaban bajo la luz de la luna. Pero las vacas solo murmuraban:

"Dicen que no tiene padre", "dicen que es hija de una loca", "pasa el día papando moscas...".

Los chismes vuelven desmemoriados a quienes los repiten. Como nunca se sabe bien de dónde viene un chisme ni a dónde va ni para qué se repite, se suelen olvidar o deformar.

Azadi se alejaba hacia donde los gauchos payaban, alrededor del fogón, para escuchar la guitarra y las voces. Las demás vacas, en cambio, apenas veían el fuego salían corriendo para el otro lado. Pero lo que más le gustaba a Azadi era llegar hasta los límites de la estancia y mirar al horizonte. Sabía que la Tierra no terminaba en esos alambres que separaban a los animales del resto del universo. No importaba que la estancia tuviera miles de hectáreas donde pastar, Azadi quería conocer los

secretos que guardaba el mundo allá afuera. Todas las tardes, antes de que cayera el sol, Azadi se acercaba hasta allí como si bastara asomar la cabeza para poder oler la libertad. Veía marcharse o regresar el avión personal de Mediarena, con el nombre de la estancia, y se preguntaba de dónde vendría o adónde iría, ¿quizás al sitio imaginario en donde había estado su madre? ¿Y si su mamá había imaginado un lugar al que de todos modos se podía viajar? Cuando las demás vacas, mofándose, le decían que su madre, la favorita del patrón, había enloquecido en ese viaje fatídico, Azadi se preguntaba: ¿y si existiera un lugar donde las vacas realmente fueran libres? Soñaba con develar ese misterio.

16

Solo Zorzal, una tarde perdida, cuando apenas si quedaba un rastro de sol, la acompañó en aquella contemplación interminable. Y le contó su propia historia triste: él y una pajarita

